

# *El hombre que mató a Don Quijote, de Terry Gilliam*

Mauricio Ruiz

EN SEPTIEMBRE DE 2000, EL DIRECTOR de cine Terry Gilliam se afincó con su equipo de producción en Bardenas Reales, en los páramos desolados de Navarra, en España. El paisaje es desértico y rugoso, acre en las colinas, un aspecto casi lunar que el director y guionista naturalizado inglés tenía en mente para su siguiente film: *El hombre que mató a Don Quijote*.

Sobre un caballo blanco y con su eterno rostro sereno, el actor francés Jean Rochefort observa a un grupo de hombres encadenados que se arrastra por entre las rocas. Rochefort parpadea, se acomoda su yelmo de latón. En su mente él es el Quijote; se lamenta al ver que entre los encadenados va Sancho, un Johnny Depp con el rostro manchado de sudor y tierra.

Detrás de la cámara Gilliam sonrío, captura en *film* secuencias que jamás había vislumbrado en el guión. Momentos después, las desgracias comienzan. Aviones supersónicos cortan el cielo, de un lado a otro cubren el espacio con un rugido que se expande por millas. Al día siguiente una tormenta sin fin cae sobre actores y asistentes, goterones que parecen tener garras deslavan la tierra y destruyen el set de producción. Poco después, Rochefort cae enfermo de la próstata. La filmación se posterga unas semanas, luego por meses. La aseguradora rehusa cubrir los gastos por las demoras causadas y los fondos escasean; la producción se viene abajo. Pasarían dieciocho años antes de que Gilliam pudiera ver su sueño realizado en

pantalla. Detrás quedarían batallas legales, peleas épicas con productores que le marcaron profundo la piel.

Mostrada como película de clausura en el festival de cine de Cannes de 2018, *El hombre que mató a Don Quijote*, puede ser entendida como una invitación sutil al diario íntimo de Gilliam. En el arco narrativo principal, aparece Toby (Adam Driver), un director de publicidad arrogante y sobrado que recibe la oportunidad de filmar una película de larga duración. ¿Y cuál es la historia que decide contar en ese *film*? Cuando el espectador se da cuenta que Toby llega a España para hacer una película sobre el Quijote, el rostro de una *matrioshka* se asoma dentro del vientre de otra más grande.

La estructura narrativa de una historia dentro de otra ha existido en la literatura por siglos. Desde Odiseo en la corte del rey Alcínoo, en el *Mahabharata* y el *Ramayana*, más tarde en *Las mil y una noches*, incluso el mismo Cervantes se vale de historias anidadas para dar distintas capas de significado a la narrativa del Quijote.

En su interés por experimentar con la estructura narrativa anidada, Gilliam y Tony Grisoni llevan el guión por caminos intrincados y concéntricos que poco a poco parecen confundirse con las propias experiencias de Gilliam. El productor asignado (Stellan Skarsgård) es un hombre tiránico e insolente que si bien ha aceptado abrir la chequera, le hace la vida imposible a Toby. Alicaído, lame sus heridas, aunque



*El hombre que mató a Don Quijote*  
 Dirección de Terry Gilliam  
 Reino Unido, 2018, 133 minutos

no por mucho porque Jacqui (Olga Kurylenko), la esposa del productor, intenta seducirlo. Cuando Toby encuentra el DVD de su primera película, un proyecto de bajo presupuesto que realizó años atrás y que fue su primer intento por rendir tributo al viejo Quijote, el espectador se pregunta: ¿Hasta dónde llegan las similitudes con Gilliam?

A través de su carrera, Gilliam ha explorado temas como la imaginación y el subconsciente, el mundo de los sueños y las fronteras de la realidad. En obras como *Fisher King*, *Las aventuras del Barón Munchausen*, *El imaginario del Doctor Parnassus*, y también en *El hombre que mató a Don Quijote*, se percibe el espíritu travieso y juguetón de Gilliam, un deseo profundo de alejarse de un conformismo que le aburre. La fuerza de la trama a veces se diluye en diálogos farsescos, distraen al espectador con elementos que no se justifican. Pero en el universo creativo de Gilliam, no hay reglas.

Al igual que escritores como W.G. Sebald y Rachel Cusk, o cineastas como Abbas Kiarostami y Krzysztof Kieślowski, Gilliam se interesa por la memoria y el pasado, los efectos que puede tener el baúl de recuerdos en nuestra conducta. En el caso de Toby, es el encuentro con el antiguo Quijote (Jonathan Pryce), aquel hombre que conoció durante su primer

*film*, lo que le obliga a ver su vida de otra forma. ¿Acaso ha desaparecido aquel joven que alguna vez sintió tantos deseos por crear una obra de arte?

El trabajo de cinematografía, realizado por el viejo amigo de Gilliam, Nicola Pecorini, no deja de sorprender a lo largo de los 133 minutos. Los parajes de la ciudad Tomar, en el corazón de Portugal, con sus colinas bondadosas y atardeceres eternos, son el escenario donde Pryce y Driver se convierten poco a poco, y casi sin remedio, en Alonso Quijano y Sancho Panza.

Durante el rodaje en 2017, Gilliam no podía ocultar su entusiasmo. No se había presentado ningún contratiempo mayor; todo marchaba como planeado. ¿Era posible o estaba soñando? Después de tantos reveses y desgracias, después de tantos litigios, quizá se había vuelto loco.

Meses después, Adam Driver reportó que le había impactado la forma en que Gilliam había encarnado el espíritu de la película durante el rodaje. Parecía tener la historia incrustada bajo la piel. En la lectura del Quijote de Cervantes, el lector acepta la locura de Alonso Quijano, incluso la celebra. En el fondo, y quizá con remordimiento, el lector desea que el Quijote continúe padeciendo ese delirio. **AAA**